



Conferencia Internacional
(Primera Iberoamericana)

CHESTERTON
Y LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA
Buenos Aires, 21 al 24 de septiembre 2005

Encuentro con Chesterton

Ernesto Murillo

*Intervención en el panel "El Perfil de la Cordura: Chesterton, la filosofía y el Arte" del día
viernes 23 de septiembre*

Sociedad Chestertoniana Argentina

Agüero 1287 Capital Federal CP (1425EMC) - Tel/Fax (54-11) 4961 6847

sca@SociedadChestertonianaArgentina.org

www.SociedadChestertonianaArgentina.org

Los dos ojos

Fue en la primerísima juventud, esa en la que uno pone en duda todo, cuando un par de amigos me acercó al mundo de Chesterton.

Una vez, oprimido por la penumbra, encaramándome a la azotea de mi casa, oteando la intensidad y sintiendo el peso de la luz que habitaba las grandes nubes crepusculares, supe que Dios necesariamente existía.

Otra vez, apresado por la angustia actual de un mundo coherente consigo mismo y bebiendo la confusión objetiva de sus formas artísticas, los ecos de antiguas melodías gregorianas y ortodoxas me condujeron hacia los arquetípicos retratos de Cristo y sus santos.

Estando fascinado por las rupturas y abstracciones recientemente nuevas, pero que ya no lo eran tanto, me inflamaba en el amor de los antiguos griegos, de las teofanías inscriptas en el mármol luminoso.

Fue en ese momento, que junto a la de mis maestros en la pintura, escuché la voz de Chesterton.

Se reunían entonces todos los fragmentos, y cada uno de éstos, se debía al todo. Lo feo y lo bello, lo bueno y lo malo, sumidos en el sol que me mostraban... como a través de un oscuro espejo, o quisiera decir, un hermoso vitral. El oscuro mundo se abría entonces enmarcando una ventana. Tal como Chesterton lo dice:

“¿Por qué había, como yo he comprendido que sin duda la hay, esa especie de lucha diaria para apreciar la luz del sol, para lo cual tenemos que conjurar toda la imaginación, la poesía y la obra de las artes en nuestra ayuda? Si el primer instinto imaginativo tenía razón, parecía clarísimo que alguna otra cosa estaba mal. Y como negaba indignado que hubiera algo errado en la ventana, finalmente llegué a la conclusión de que había algo errado en mí.”

Y más adelante agrega:

“...sólo somos parcial o imperfectamente hijos de Dios; no desheredados completamente, mas no domesticados totalmente. En resumen, sufríamos por la caída del pecado original...”

Y agregaba luego en nueva alusión al don de la vista:

“El hombre no es simétricamente asimétrico; es una especie de criatura con un solo ojo desde que luchó en duelo con el Demonio; y el único ojo ve eternamente la luz eterna, mientras que el otro se cansó y parpadea, o está casi ciego.”

El artista, el símbolo

Las palabras del escritor, navegaron como estrellas en lo oscuro del cielo en pos de la aurora definitiva. Constituían una flota surcando el mar, los cruzados que volvían a verse y el pecho que se dilataba en el gozo cierto de la verdad revelada, en el presentimiento del silencio de la visión adorable, del silencio de la música absoluta.

Desde entonces, querría saber comunicar a los jóvenes artistas su sentido de la forma. Él escribe:

“El metro es más natural que el verso libre, porque refleja más ese movimiento de la naturaleza y las curvas del viento y de las olas”.

Asimismo poder transmitir, su comprensión realista, por la que arriba al conocimiento del símbolo, al que distingue de la alegoría, elegante adorno que puede ser dejado de lado. El símbolo es incambiable, y se podría citar:

“Por más quietos que estén los cielos o frescas sus praderas, siempre tenemos la sensación de que, si supiéramos lo que significan, ese significado sería algo poderoso y estremecedor.”

En definitiva, se trata de la unidad indisoluble del símbolo y su significado.

Otro párrafo suyo:

“El místico no trafica con sueños sino con visiones; es decir, cosas vistas pero no aparentes. El místico no quiere drogas, sino beber del vino que despierta a los muertos, distinto en su naturaleza de cualquier narcótico que alivia a los vivos.”

Podríamos así formular, que en el símbolo conviven la visión futura y la voz de los muertos, es decir, la tradición. La tradición, como el espacio de la libertad; a diferencia del rígido sistema de las vías del rápido cambio, el cual se opone al rescate, que sólo es posible en el detenimiento contemplativo. La tradición, sepultada en la tierra que hollan los bárbaros modernos. Es en su nombre, que él eleva su voz convocante, para los aprestos de una cruzada que la recupere. Esto, que yo oigo como artista, cada cual lo habrá de asumir, según los dones dispensados.

Son palabras que dibujan una nítida imagen, irrecusable, capaces de provocar una conversión: desde la promesa de una próxima novedad siempre evanescente, ilusoria, al precio del hastío, hacia lo nuevo inagotable en su permanencia. Desde la apariencia fingida del vivir que es morir, hacia la vida participada de la divinidad.

Habla de San Francisco y de Giotto. Del inicio de ese otro movimiento; del instante en que se encuentran la eterna e inmutable figura de Dios con el comienzo y el término del paso del hombre, en el camino de la transfiguración. Amanecer de la forma que florece

en el devenir del Divino-hombre; como en aquellas arcaicas figuras que adelantando un pie, se elevan hacia una sonrisa inalterable. Queda aquí expresada la misteriosa vida que no se rompe ni se fragmenta en la vertiginosa acción, sino que habita infinita en el reposo del límite mismo.

El orgullo

Emancipada, entonces, la acción por el viento helado del orgullo, se resuelve en paródica oposición, concurriendo simétricamente una argumentación que se multiplica, hasta oscurecer el aire, legitimando y confundiendo con repetidas frases hechas. En sus propias palabras:

“...los hombres pueden despreciar las cosas hermosas que tienen y sólo encontrar placer en obtener nuevas cosas porque no las tienen.”

Y también:

“...hay que romper todas las limitaciones y hay que dilatarse hasta un progreso y una evolución infinitos...”

Una última cita:

“Cualquiera sea el lado que está en lo cierto en el tema del arte (que evidentemente depende, en gran medida, del artista en particular), todo el mundo moderno está verbalmente preparado para considerar que el nuevo artista está en lo cierto y que el antiguo está equivocado. Toda la filosofía progresista lo ha preparado para eso; pero esa filosofía es, a menudo, más una fraseología que una filosofía.”

Una cruzada

Cruzaremos, entonces, nuestras patrias sobre la oscura tierra guardiana de la antigua tradición, atentos a los ángeles y demonios que se manifiestan en los cielos, encendidos por el fuego de una inmensa paloma.

Es así, como sabremos dónde plantar nuestras casas, con alegre desvarío y supongo, inmovible fe.

Personalmente, esto lo he intentado desde aquellas tempranas lecturas chestertonianas.

Que de la copa que él nos ha ofrecido, podamos beber el vino en el Ágape Celestial.